

ANALISIS GLOBAL DE LA INTERVENCION NORTEAMERICANA ACTUAL EN EL SALVADOR

Ernesto Cruz Alfaro

RESUMEN

El artículo toma como punto central la intervención norteamericana actual en El Salvador. Se analizan sus resultados en el periodo de enero 1981 a mayo 1983, pero atendiendo fundamentalmente a lo ocurrido en el último año y se concluye que esos resultados, en algún sentido inmediateista útiles para Estados Unidos, son malos para El Salvador y en el fondo y a la larga para Estados Unidos. A continuación se estudia la nueva fase de la intervención norteamericana y los mecanismos que le son propios para concluir que no ofrecen solución ni al problema militar ni al problema político. Todo tiene características de Watergate donde se dice una cosa y se hace otra, donde se engaña continuamente a la opinión norteamericana y también a la internacional. Y además, todo puede convertirse en un nuevo Vietnam porque la lógica de la intervención exige una intervención cada vez mayor, por cuanto la resistencia es también cada vez mayor. Por tanto, si no se emprende otra vía, tras las elecciones norteamericanas, en caso de que triunfe Reagan, estaríamos en peligro inminente de una presencia masiva de ejércitos extranjeros, incluido el norteamericano, por las selvas y los caminos de Centroamérica. Es menester, pues, encontrar otra vía, todavía no explorada, que es la del diálogo/negociación, garantizadas por fuerzas neutrales. Mientras esto no se logre hay que tratar de impedir los males mayores de la guerra y de ir abriendo de alguna manera los caminos de la acción política.

En la actual situación de El Salvador se dan múltiples factores que determinan lo que está pasando y que, por consiguiente, pueden constituirse en puntos de vista privilegiados para analizar un proceso sumamente complejo y extremadamente dramático. Uno de ellos es el de la intervención norteamericana. Lo que ocurre en El Salvador no puede entenderse sin la presencia y la acción norteamericanas y esta presencia y acción son una de las claves más definitorias a la

hora de entender lo que está pasando. Este artículo asume la hipótesis de que Estados Unidos es uno de los agentes definitorios de la tragedia salvadoreña y analiza el conjunto de esa tragedia desde lo que es y significa la intervención norteamericana. Trata, por tanto, de toda la coyuntura o de la coyuntura como un todo, pero desde la perspectiva de la intervención. La justificación de esta hipótesis viene dada por su propia evidencia empírica y por la capacidad que

muestra a la hora de explicar lo que actualmente está sucediendo en El Salvador. Evidentemente hay también otros factores y otras raíces, algunas de ellas seculares, pero su última determinación histórica viene dada por lo que es hoy la presencia y la acción de Estados Unidos en El Salvador.

1. Efectos de la intervención norteamericana en el período enero 1981-mayo 1983

La intervención determinante de Estados Unidos en El Salvador viene de antiguo, pero toma una forma singular a raíz de la ofensiva del FMLN en enero de 1981. Tras el rechazo de la propuesta de negociación ofrecida por Carter se desata la guerra. Es en ese momento cuando empieza a darse de una forma más sistemática la intervención norteamericana, que mediante la ayuda militar, económica y política y la correspondiente debilidad militar, económica y política del régimen salvadoreño, logra irse apoderando de los resortes del poder y señalando los derroteros que deben seguirse. Pues bien, esta intervención, a pesar de que ha conseguido unos ciertos resultados positivos desde el punto de vista norteamericano, no ha conseguido lo que pretendía y ha producido unos costos altísimos que, lejos de resolverla, han complicado y agravado la situación para El Salvador, para Centroamérica y para los propios Estados Unidos.

1.1. Desde la perspectiva norteamericana se han conseguido algunos resultados que la Administración Reagan puede valorar como muy importantes. El principal es, sin duda, que el FMLN no se haya tomado el poder del Estado; el que todavía no se dé lo que esa Administración estima sería forzosamente un gobierno marxista-leninista, hostile a Estados Unidos; lo que sería un avance de la URSS en el patio trasero —ahora llamado jardín— de Estados Unidos y, por tanto, una gravísima derrota para quienes hicieron de El Salvador un punto de honor nacional y de confianza para los aliados. No sólo eso, sino que se ha logrado también frenar el movimiento popular de masas que en enero de 1982 podía poner en las calles de San Salvador a más de 200.000 organizados, de modo que hoy día es difícil pensar no ya en una insurrección inmediata de las ma-

sas, sino incluso en formas mucho más modestas de movilización. Se ha conseguido también que Estados Unidos mantenga el control sobre la política salvadoreña tomada en su conjunto: nada se hará sin "anuencia" de la Administración Reagan (si habrá diálogo o no, si habrá o no habrá elecciones y cuándo, si la política militar va a ser esta o la otra, si se va a continuar con las reformas, si la violación de los derechos humanos se va a detener en tal o cual cantidad de muertos) y se hará todo aquello en que la Administración Reagan ponga un interés prioritario. De todos es sabido lo que esto ha costado a El Salvador: una guerra que lleva más de dos años y medio, más de cuarenta mil civiles asesinados, más de 500.000 huidos de la patria...

Desde esa misma perspectiva norteamericana se pueden ofrecer algunos otros logros más positivos. Se ha logrado una legislación importante en cuanto a las reformas e incluso se han implementado algunas reformas con cierta profundidad. Se ha seguido hablando de la necesidad de mejorar en el respeto a los derechos humanos, aunque esto más por presión del Congreso norteamericano que por voluntad de los reaganistas, que ven en las certificaciones y en otros condicionamientos un freno a la efectividad de su propósito principal; así en 1982 se han podido presentar cifras sensiblemente más bajas de asesinatos respecto de las de 1980 y 1981, aunque se sigue reconociendo que el número y el modo siguen siendo abominables e intolerables. También se ha impulsado la actividad de los partidos políticos mediante la promesa de elecciones libres en 1982 y de nuevas elecciones para 1983-1984; los partidos políticos que parecían moribundos en 1979, se empezaron a recuperar, lograron un buen número de votantes, aunque muy inferior al que se dio oficialmente y empezaron a reconstruir su imagen ideológica.

Respecto de Centroamérica como un todo, la Administración Reagan también puede hufanarse de haber mantenido posiciones y aun de haberlas solidificado. En Panamá con la deposición de Aristides Royo se ha preparado un futuro más seguro, menos torrijista, si todo les sale bien en las próximas elecciones presidenciales; en Costa Rica se ha logrado neutralizar el presu-

Estados Unidos, uno de los agentes definitivos de la tragedia salvadoreña, no ha conseguido lo que pretendía y ha producido unos costos altísimos que, lejos de resolver, han complicado y agravado la situación de El Salvador y de Centroamérica.

mible aperturismo del Presidente Monge convirtiéndole en un casi total entreguismo. Honduras se va convirtiendo paulatinamente en guarnición bien fortalecida donde Reagan puede imponer que vayan los soldados salvadoreños a formarse militarmente, a menos de quince años de la guerra entre los ejércitos de Honduras y El Salvador. Guatemala, con menor presencia norteamericana, lleva también un rumbo conveniente para los intereses yanquis pues en ella se da también la misma guerra a muerte al movimiento revolucionario. Nicaragua, finalmente, se encuentra a la defensiva por una invasión masiva de ex-guardias somocistas y enemigos del gobierno sandinista, preparada y financiada por partidas secretas, que eluden el control del Congreso norteamericano. Con todo ello se ha evitado el temido efecto del dominó, que la caída de El Salvador hubiera traído a los otros países; al contrario se podría estimar que se ha revertido el impulso, con lo cual la guerrilla salvadoreña se verá cada vez en mayores dificultades.

Aparentemente al menos se han conseguido, por tanto, algunos resultados que pudieran justificar los más de 100 millones de dólares invertidos en El Salvador y el desprestigio moral y político que pudieran sobrevenir a la Administración por su connivencia con tanto crimen y con tanta falsedad política. Pero estos resultados hay que contrastarlos con otros que se han seguido de aquellos o que, independientemente de ellos, se han dado también en El Salvador.

2.2. Del contraste y comparación de los resultados que puede ofrecer la política norteamericana en El Salvador hay que concluir que los efectos de su intervención han sido mucho más negativos que positivos, desde luego para El Salvador, pero también para Estados Unidos. Es lo que vamos a mostrar analíticamente tomando algunos puntos esenciales.

a) En el aspecto militar hay que reconocer que el FMLN es hoy una fuerza militar (y política) mucho más fuerte de lo que era en 1981 cuando comenzó a darse la "nueva" intervención norteamericana en El Salvador. La Administración Reagan ha conseguido que el FMLN no tome el poder, pero no ha podido impedir —antes ha posibilitado— que el FMLN se haya constituido en una fuerza militar que, por propia confesión de la Administración, derrocaría al actual gobierno salvadoreño, si es que el ejército nacional, no fuera ayudado y dirigido por Estados Unidos. Lo que en 1981 eran grupos armados dispersos, cuya esperanza mayor estaba en la insurrección popular y que apenas podían causar bajas al ejército, antes al contrario las tuvieron muy grandes (caso de Santa Ana), se ha convertido paulatinamente en una serie de ejércitos cada vez mejor coordinados capaces de causarles miles de bajas al ejército, más de mil quinientos prisioneros con su consiguiente recuperación de armas... Por otra parte, la propia lucha militar ha llevado a una mayor unidad entre los distintos grupos del FMLN, lo cual ha permitido lograr



avances sustanciales en la guerra. Contra las expectativas norteamericanas de que el plan reformas-guerra-represión pudiera aniquilar o, al menos, neutralizar, el poderío militar y popular del FMLN en relativamente corto tiempo, la realidad les ha obligado a cambiar esas expectativas. La ayuda militar ha ido acrecentándose. La Fuerza Armada salvadoreña ha tenido que multiplicar sus efectivos por tres para contrarrestar de alguna forma el poderío creciente de sus adversarios. Y lo que es más grave, los propios Estados Unidos se han visto forzados a involucrarse más y más en una pendiente de la que difícilmente van a poder salir. Es un punto que merece ser destacado por separado.

No hay duda de que el involucramiento militar de Estados Unidos en El Salvador va acelerándose más y más. Y si no ha llegado a límites extremos todavía es por la resistencia del Congreso a plegarse a la voluntad de los halcones de la Administración Reagan. No es sólo cuestión de dólares en ayuda militar, no es sólo cuestión de asesores a los que hay que responsabilizar en última instancia de la conducción de la guerra; es cuestión sobre todo de la dinámica emprendida. La Administración Reagan ha decidido no perder El Salvador y, consecuentemente, ha decidido hacer lo que sea necesario para acabar militarmente con el FMLN. Hasta ahora no lo ha conseguido por el camino indirecto de la ayuda militar y de los asesores sobre el terreno; si no lo consigue tampoco por un acrecentamiento de esa ayuda militar, no le quedará más remedio que hacerse con sus propias fuerzas, cosa que ya ha sido anunciada, aunque sea hipotéticamente, por los más altos responsables militares estadounidenses. Por otro lado, está la decisión de la Administración Reagan de derrocar militarmente o, al menos neutralizar, al gobierno sandinista. Las operaciones encubiertas de la CIA, reconocidas oficialmente en Washington, están introduciendo un segundo frente de guerra en Centroamérica: además de el de El Salvador tienen ahora el de Nicaragua, en el cual han involucrado también a Honduras y en mucha menor medida a Costa Rica, que parece resistirse a entrar en el juego. El problema es ya de tal gravedad y en él está de tal modo comprometida la Administración Reagan que con razón la opinión pública norteamericana y el propio Congreso levantan una y otra vez el fantasma del Vietnam. La Administración Reagan está extendiendo, profundizando y regionalizando la guerra; está así abriendo el camino por el que van a tener que transitar los soldados nor-

teamericanos. Estados Unidos ha tomado la iniciativa y va a tener que cargar con la responsabilidad.

b) En el aspecto político la intervención norteamericana ha traído grandes males para El Salvador y a la larga también para Estados Unidos. Si el apartado anterior hace pensar en Vietnam, éste hace pensar en Watergate. Una cosa es lo que se dice y otra lo que se hace; por un lado van las palabras democratizadoras y por otro lado van los hechos dictatoriales y totalitarios.

En efecto, se han desvirtuado los grandes recursos democráticos como pura pantalla de una acción militar y de un proyecto de dominación que poco o nada tiene que ver con la democracia. Ante todo, las elecciones: se esperaba de ellas muchísimo, se decía que en ellas estaba el principio de solución al ser la expresión libre de la voluntad popular; sin embargo fueron elecciones sin garantías y, sobre todo, fueron elecciones sin resultados: Estados Unidos no permitió gobernar a los que ganaron e impulsó un gobierno de unidad nacional, que no ha resuelto ninguno de los problemas pendientes. Después la Asamblea Constituyente, que debiera haber sido el órgano de poder más respetado y más decisorio de El Salvador y que se ha convertido, tras unas primeras semanas de efervescencia en busca del poder, en un remanso de inoperancia y de pérdida de tiempo, donde tan ni siquiera se ha podido llegar a la redacción de la Constitución que era la finalidad primaria de dicha Asamblea y cuya aprobación final se había fijado para el 31 de marzo pasado. El poder ejecutivo y la propia presidencia de la república han seguido su desprestigio usual; en El Salvador el poder no reside en la fachada de los civiles que ocupan el poder ejecutivo, sino en la realidad de los cuarteles y para el caso en las directrices y exigencias de Estados Unidos; el general García parecía ser el presidente, pero no lo era por su valer personal, sino por estar al frente de la Fuerza Armada, porque la comandancia general que ostenta el Presidente Magaña es puramente nominal; una vez más lo político sometido a lo militar y los políticos sometidos a los militares. El proceso de reformas tan necesario para el cambio social del país ha sido aireado como propaganda, pero ha sido maltratado en la realidad; algunas cosas se han conseguido en la reforma agraria, pero todavía en estos días se está reponiendo a quienes fueron expulsados de las tierras con las que legalmente habían sido beneficiados. Los instrumentos de pacificación han sido mal concebidos y peor manejados: la Comisión de



La Administración Reagan está extendiendo, profundizando y regionalizando la guerra y así está abriendo el camino por el que van a tener que transitar los soldados norteamericanos.

Paz no tiene el peso que necesitaría para realmente ser intermediaria entre el FMLN y la guerrilla y así su propuesta de amnistía carece de los presupuestos, de la extensión y de la fiabilidad sin los que ni siquiera puede restablecer la justicia y el mal hecho, cuanto menos acercar a los contrarios; la Comisión de Derechos Humanos tiene la particularidad criolla de contar entre sus miembros al Director General de la Policía Nacional, cuerpo de seguridad que aparece probadamente involucrado en prácticas violatorias de los derechos humanos, con lo que por esta y otras razones su efectividad para una mejora profunda de los derechos humanos es realmente insignificante.

El haber desvirtuado estos instrumentos en sí tan valiosos y el haberlos subordinado al proyecto general de contra-insurgencia no sólo hace un daño gravísimo a los salvadoreños, sino que descubre la falsedad de la política norteamericana. Todo puede ser prostituido, aun lo más sagrado. Fueron los republicanos los que se enlo-

daron con Watergate y son ahora los republicanos los que están tratando el problema de Centroamérica con los modos y maneras de Watergate.

c) En el aspecto social es evidente que El Salvador va entrando cada vez en situación más dramática y en algunos aspectos en situación preagónica. La situación económica es a cada momento más grave, lo cual no sólo pone en peligrosa tensión a la mayor parte de la población, sino que hace ya casi imposible la tarea urgente de la reconstrucción nacional; el colón se acerca ya a la devaluación de un ciento por ciento; la inflación se acrecienta por encima del 30% anual; el producto territorial bruto viene descendiendo desde el año 1980 y ha llegado en 1982 a niveles inferiores a los de 1970, con lo que su per cápita es hoy inferior en un 36%; lo que se destruye por la guerra y lo que se deja de invertir por ella pone en entredicho la viabilidad futura del país... Hay un descoyuntamiento de la unidad nacional con zonas controladas por el

FMLN que territorialmente pueden alcanzar hasta un 35%, hay otras zonas cuyo control pasa de unas manos a otras y está finalmente el resto del territorio en manos y bajo el influjo principal del gobierno; a ello hay que añadir los cientos de miles que se han desplazado de un lugar a otro o, lo que es más inhumano, se han visto forzados a abandonar la patria. **La descomposición moral del país va acelerándose:** el terrorismo de Estado no puede ser controlado, el irrespeto a la vida y a la dignidad de la persona humana se han convertido en actitudes habituales, la polarización de los ánimos y de los grupos dificultan más y más el entendimiento mutuo, la fuga de capitales y la corrupción obligan al gobierno a campañas públicas contra esos males... **El deterioro de las instituciones** es también alarmante: se acusa a los cuerpos de seguridad de prácticas ilegales y, lo que es peor, de ser utilizados como reserva de los escuadrones de la muerte; la propia Fuerza Armada arremete indiscriminadamente contra la población civil, mientras sus miembros se rinden cada vez en mayor número y más fácilmente a sus adversarios, que les perdonan la vida; el COPREFA (Comité de Prensa de la Fuerza Armada) desfigura la realidad y mantiene engañada a la población sobre la marcha de la guerra y sobre las bajas militares hasta el punto de que sus responsables han tenido que ser sustituidos; el poder judicial se considera sin poder real para hacer justicia en el país, para frenar decretos gravemente lesivos de los derechos humanos, para juzgar siquiera a una mínima parte de los responsables de los más de 40.000 civiles asesinados que ha habido en los últimos tres años; hay un deterioro galopante del sistema educativo, que cuenta con menor presupuesto cada año, que cuenta con muchas menos escuelas en amplias regiones del país, que sufre un empeoramiento constante en la formación de los estudiantes en todos sus niveles, que ha dado lugar a una proliferación sin precedentes en el mundo de universidades privadas, mientras la propia Universidad de El Salvador se ve incapaz por razones que le son ajenas a proporcionar una educación universitaria simplemente aceptable... **La militarización creciente del país,** que ya era muy alta sigue en ascenso: si en tiempos de paz los militares ocupaban puestos que no les correspondían y ejercían un poder real que la Constitución no les concede, en tiempo de guerra van haciendo sentir una presencia mayor en puestos, funciones y poderes que deberían estar reservados a instancias civiles elegidas democráticamente; hay así un reforza-

miento cualitativo de lo militar como instancia suprema del país, al que no es ajeno el propio FMLN para el que lo militar se ha convertido también en argumento de poder y en diferenciación de jerarquías revolucionarias...

Como resumen y compendio de todo esto podría estudiarse el caso de la Universidad de El Salvador. Ocupada militarmente ahora va a hacer tres años, custodiada por los cuerpos de seguridad, hoy se encuentra despojada por meses de pillaje. La Universidad no fue destruida en la ocupación militar, ni menos aún fue despojada por las anteriores autoridades que la tenían muy bien equipada de laboratorios, libros, aulas, mobiliario... Hoy, tras tres años de estar custodiada por la Guardia Nacional, casi todo ha desaparecido, excepto los edificios. Se dice que se requerirían más de 50 millones de colones sólo para reponer lo que ha sido objeto de depredación. He ahí todo un símbolo de lo que ha ocurrido en El Salvador de 1980 a 1983.

Estos son los resultados negativos que han de contraponerse a los que Estados Unidos puede presentar —y nosotros hemos recogido en I.1.— como positivos. No toda la culpa de estos resultados es atribuible exclusivamente a Estados Unidos, pero en muchos de ellos Estados Unidos es el factor cualitativamente principal —aunque no cuantitativamente— y en casi todos ellos se le puede atribuir un alto porcentaje de responsabilidad, sea por lo que se ha hecho sea por lo que se ha dejado de hacer pudiendo y debiendo hacerlo. Esto es algo que el pueblo y el Congreso de Estados Unidos debe conocer para medir y condenar este Watergate, que ofrece una cara pública, pero que esconde una realidad profunda completamente distinta a su fachada democrática.

2. Efectos previsibles de la intervención norteamericana a corto plazo

Estados Unidos reconoce, más de hecho que de palabra, que las cosas no le han salido bien durante los dos años y medio de intervención hegemónica en El Salvador. Las destituciones de Enders y Hinton, el envío precipitado del embajador extraordinario Stone, las exigencias de crecientes aportaciones en ayuda militar, el cambio previsto en la conducción táctica de la guerra, la amenaza de una presencia más directa y masiva del ejército norteamericano en Centroamérica, la descarada participación yanki en el ataque a Nicaragua, la precipitada renovación en el entreno de centenares de nuevos oficiales y de varios mi-

les de soldados en Estados Unidos y Honduras respectivamente, los cambios realizados en altos puestos de la cúpula militar salvadoreña... son demasiadas coincidencias para no hablar de una fase nueva, prevista o no anteriormente —esto no tiene importancia mayor— en el plan estratégico norteamericano. Hoy se quieren hacer las cosas de otro modo con otros agentes y otros medios, lo cual quiere decir que los anteriores no han servido o han sido tan sólo formas de transición a nuevas maneras de intervención.

Ahora bien el análisis de lo que pueden ser los nuevos factores de intervención lleva a la conclusión de que en sí mismos no tienen virtualidad para inclinar definitivamente a su favor la correlación de fuerzas y la marcha del proceso. Ni en lo militar ni en lo político-social se han arbitrado medidas suficientes para resolver la situación, lo cual lleva a la conclusión de que esas medidas van a empeorar la gravísima coyuntura en que ya está El Salvador.

2.1. En lo **militar** o se llega a una presencia inmediata y significativa de soldados norteamericanos o de fuerzas internacionales, con todo el terrible costo que supondría esta estricta vietnamización y regionalización del conflicto, o se prolongará tan sólo la agonía del pueblo salvadoreño.

Dos elementos esenciales parece tener la nueva estrategia militar norteamericana: cortar todo posible suministro de armas y, en general, toda ayuda de los sandinistas a los guerrilleros salvadoreños y fortalecer de tal modo al ejército salvadoreño que pueda terminar, en un tiempo prudencial, primero con las ofensivas del FMLN y después con la resistencia del FMLN. Ahora bien, de esos dos elementos no puede esperarse gran cosa ni a corto ni a mediano plazo.

Por lo que toca al primer elemento ha de decirse que la ayuda nicaragüense a El Salvador no es en sí misma decisiva a corto plazo para el ulterior fortalecimiento del FMLN. Con la presión militar y económica contra Nicaragua la Administración Reagan puede evitar que los sandinistas den aquella ayuda que podría desequilibrar prontamente la situación a favor del FMLN, pero esa presión cae actualmente en el vacío porque esa presunta ayuda militar es hoy por hoy de escaso alcance. Las pruebas que el servicio de inteligencia norteamericano con base en Honduras, en el Golfo de Fonseca, a través de aviones AWAC que sobrevuelan la región, etc., han podido aportar de ayuda militar por parte de Nicaragua al FMLN son absolutamente insuficientes.

Esto demuestra que el servicio de inteligencia norteamericano es deficiente —cosa increíble o de fácil remedio— o que no hay tal ayuda en la proporción que se pretende. Así se explica que las más altas autoridades nicaragüenses ofrezcan cesar toda ayuda militar a El Salvador que Estados Unidos pueda demostrar fehacientemente que se da. Indudablemente que si el sandinismo fuera derrocado, sería mucho más fácil derrotar al FMLN por la sencilla razón de que se habría encontrado una estrategia para derrotar a un ejército que es hoy mucho más poderoso que el FMLN. Pero el derrocamiento del sandinismo supondría la vietnamización y regionalización del conflicto centroamericano.

Por lo que toca al segundo elemento hay que hacer notar que la relación entre el mejoramiento militar del FMLN y el de la Fuerza Armada pone cada vez en mejor posición al FMLN por su mayor velocidad de perfeccionamiento. Los avances en la consolidación de cada uno de los ejércitos del FMLN, la creciente unificación de las estrategias militares de cada uno de ellos y la manifiesta colaboración perceptibles desde junio de 1982 y ya con más claridad desde octubre del mismo año no han dado todavía todos sus frutos, aunque ya son notables sus resultados; por otro lado, la recuperación masiva de armamento cada vez más pesado y sofisticado, el perfeccionamiento de la preparación militar hecha sobre el propio terreno de comandantes y soldados, la indiscutible moral combativa de los hombres en campaña cuyo idealismo es innegable... van dando al FMLN una consistencia cada vez mayor respaldada, además, por una parte de la población que les es muy adicta y sostenida en una gran parte del territorio que les ofrece resguardo seguro. Por el lado contrario, la reestructuración y el reentrenamiento de la Fuerza Armada en sus oficiales, clases y soldados no han dado grandes resultados ofensivos ni se ve por qué los van a dar a corto plazo: el Atlacatl, el Belloso, el Atonal, etc., no han logrado ningún triunfo importante y sí han sufrido serios reveses; los entrenamientos de tres meses en Estados Unidos son remedios sin eficacia pues son contrarrestados por lo que el FMLN aprende sobre el propio campo de batalla; está de por medio la incapacidad, la corrupción y la división de altos mandos militares, los cuales han demostrado no estar capacitados para conducir una guerra contra un ejército de seis mil salvadoreños conducidos por comandantes que ciertamente no han tenido cuatro o más años de Escuela Militar.

Estados Unidos ha tomado la iniciativa y va a tener que cargar con la responsabilidad.

Pero, aun concediendo que los nuevos métodos militares impuestos por Estados Unidos consiguieran la unanimidad y la obediencia de la Fuerza Armada y lograran paulatinas mejoras en la preparación de oficiales y soldados así como en la redefinición de la estrategia y de las tácticas militares, sus efectos tardarían en dar frutos. Ya parece haber empezado el nuevo sistema de "pacificación" de zonas en las que se supone gran presencia guerrillera, como es el caso del volcán Chinchontepec; sistema de pacificación que empieza con bombardeos y morteros masivos. De momento, sólo se ha logrado que los guerrilleros se retiren sin bajas para regresar cuando les venga en gana. Aun concediendo que esto pueda resultar, la pregunta es cuándo. Y si a la extensión temporal se añade la improbabilidad de conseguir el resultado, uno se pregunta por qué entrar en un camino tan errado y tan costoso, al menos para el pueblo salvadoreño.

Desde el punto de vista militar, entonces, hay que concluir que por el actual camino no hay solución. Por tanto lo que espera es una prolongación de la guerra que se extendería a otras zonas del país, siempre acompañada por el terrorismo de la derecha y el sabotaje de la izquierda y que alcanzaría niveles cada vez más altos de confrontación. Esta prolongación no cambiaría de signo si no es por un triunfo militar del FMLN, cosa que tampoco se ve probable o por una intervención militar directa y masiva de Estados Unidos con sus acólitos en la región o con sus aliados ideológicos del Cono Sur. En conclusión, un aumento cuantitativo de la ayuda militar a la larga favorecería más al FMLN y no traería novedad mayor, a pesar de los cambios militares tácticos que se piensan introducir; no queda, por tanto, más que la intervención total hacia el aniquilamiento total del FMLN. Lo que estaría pretendiendo Estados Unidos por el momento —un momento que puede alargarse hasta que Reagan sea reelegido para la presidencia— es mantener el *status quo*; en el segundo periodo presidencial vendría la decisión definitiva que no parece iría por el camino de la negociación, sino por el camino del enfrentamiento militar directo y masivo. Esta "nueva" fase y este "nuevo" plan sería un paso de transición a la batalla definitiva.

2.2. En lo político y social el "nuevo" plan repite los errores del anterior, porque en él lo

político lejos de tomar consistencia propia se subordina a lo militar y se lo propone como fachada casi del todo inoperante.

La Constitución y las elecciones siguen ofreciéndose como alternativa política al diálogo y a la negociación. Pero Constitución ya había en el 79, en el 62 y en el 58 y así para atrás, pero su letra no pudo ponerse nunca en la realidad social; elecciones las hemos tenido en mucho mejores condiciones y su resultado en favor de aquella justicia social y participación política que hubiera hecho imposible el surgimiento de la guerrilla fue nulo. Las últimas elecciones de marzo del 82, ¿qué obtuvieron realmente? ¿Sus resultados no han sido estimados por todos como un fracaso, aunque todos los que las patrocinaron las juzgaron como uno de los acontecimientos decisivos de la historia patria? Se las quiere tener en noviembre-diciembre, porque así lo impuso Estados Unidos, cuando aún no hay Constitución, ni hay Ley Electoral, ni Registro Electoral, y el Consejo Central de Elecciones confiesa no tener recursos para prepararlas. Pero supongamos que se tengan como se tendrán cuándo y cómo determine Estados Unidos; supongamos que salga elegida la Democracia Cristiana, que se juzga ser hoy por hoy la opción preferida en la Embajada norteamericana, ¿podrá Duarte con los suyos hacer algo distinto a lo que hizo de 1980 a 1982 en estrecha alianza con García y el Alto Mando Militar? ¿Cuándo los civiles han podido imponer en El Salvador los derechos y los deberes que concede e impone la Constitución al poder legislativo, al poder ejecutivo, al poder judicial? Y lo mismo vale de los demás partidos y posibles alianzas entre ellos. Tal vez una alianza ARENA-militares podría dar alguna novedad cualitativa, pero esta solución es impresentable en Estados Unidos de momento. Las elecciones podrán fortalecer un tanto la dimensión política de la solución, podrán servir de arma propagandística en el interior y en el exterior, podrán permitir una cierta apertura al juego político, pero ni serán elecciones propiamente tales ni podrán terminar con la guerra. Las guerras no se terminan con elecciones. Tal vez los ganadores puedan inclinar un poco la balanza a favor del diálogo y de la apertura democrática con detrimento de la solución militar.

Todo puede ser prostituido, aun lo más sagrado. Fueron los republicanos los que se enlodaron con Watergate y son ahora los republicanos los que están tratando el problema de Centroamérica con los modos y maneras del Watergate.

El conjunto de comisiones y leyes pacificadoras no lograrán ni contener la represión ni desalentar al FDR-FMLN. Las comisiones de paz y de derechos humanos están mal concebidas y los miembros que las constituyen mal elegidos, tanto por su falta de representatividad y de autoridad moral como por su falta de efectividad. Ya llevan meses de operar y los resultados están a la vista. Se da una Ley de Amnistía que, en primer lugar, es muy restringida y no deroga aquellos decretos que son la raíz de prácticas gravemente violadoras de los derechos humanos; y, en segundo lugar, lleva a los amnistiados o fuera del país por el peligro que corren o de nuevo al FDR-FMLN, que consideran su lugar natural en la búsqueda del bien de la patria. También aquí se pretenden conseguir algunos bienes, pero no se toca el problema en sus raíces verdaderas por lo que se proponen vías de solución inoperantes, que no tienen en cuenta ya no la opinión del FDR-FMLN, pero ni siquiera la de fuerzas sociales salvadoreñas tan poco sospechosas como la Iglesia de la arquidiócesis, la UPD, sindicatos y universidades...

Las condiciones impuestas por el Congreso norteamericano para seguir dando ayuda militar y económica tampoco lograrán nada sustancial ni en la mejora del modelo actual ni en la suavización de las tensiones sociales. Por un lado, la ayuda económica sirve de "tentación" para quienes pueden disfrutar de ella en el gobierno y en la empresa privada, con lo cual se consolida su intransigencia a la hora de ceder sus puestos de privilegio, cosa que esperan ocurriría tras el diálogo y la negociación; por otro lado, la ayuda económica cae en saco roto y no permite una mejora de la situación de las mayorías ni siquiera una desaceleración del empeoramiento: el sabotaje se va a acrecentar y se va a dirigir expresamente a la infraestructura económica, mientras que la guerra consume cada vez mayores recursos nacionales y no permite inversiones ni estatales ni particulares. Finalmente, las condiciones impuestas por el Congreso son irrespetadas realmente por la Administración Reagan mediante subterfugios y falsedades, que pueden suponerle a la larga el caer en la trampa de un nuevo Water-



gate, pero que de momento anima a no cambiar fundamentalmente de estrategia en lo que ésta conlleva de violación de los derechos humanos.

Los efectos de las reformas y de la posible apertura política no son eficaces a mediano plazo ni para establecer los fundamentos de una justicia estructural ni para terminar con los recursos de la guerrilla y con sus bases de apoyo. En primer lugar, las reformas se han ralentizado cuando no han vuelto atrás, porque se cometió el contrasentido de poner en manos de ARENA, sus principales adversarios, los principales puestos de su implementación (Ministerio de Economía, Ministerio de Agricultura y Ganadería, ISTA, etc.); en segundo lugar, el proceso de reformas bien llevado podría disminuir en parte el poder omnímodo de la oligarquía, pero no son suficientes para alcanzar un tal número de beneficiados que equilibre el malestar de los no beneficiados; menos aún toca a las bases po-

pulares del FMLN, que no han visto para nada la utilidad de esas reformas. La posible apertura política que pueda venir con el proceso electoral y con la instalación de un gobierno que saliera de las urnas y no de arreglos impuestos por Estados Unidos no va a tentar de momento ni siquiera al FDR y mucho menos al FMLN; en el mejor de los casos habría que esperar al resultado de las elecciones y a la posibilidad de que se dejara al partido o partidos políticos ganadores permitir libertad de organización, reunión y movilización de intentar alguna forma de diálogo, apoyadas ambas cosas en la posible mayor autoridad moral y política que podría tener un gobierno salido de elecciones, por muy condicionadas que éstas sean.

En definitiva, ninguno de los elementos de por sí son suficientes para esperar del nuevo plan resultados satisfactorios. ¿Lo son en su conjunto? Una buena conexión de lo militar y de lo político, una buena puesta en marcha de todos los elementos políticos, ¿no permitiría ser más optimista? A corto plazo no. El esquema en lo fundamental ya ha sido probado y no ha dado resultado positivo. Se argumenta diciendo que hasta ahora no ha sido bien aplicado y que por eso no ha resultado válido. Pero hay suficientes argumentos para esperar que tampoco ahora va a poder ser aplicado; más aún, que incluso bien aplicado no podrá traer a El Salvador paz con dignidad ni podrá disminuir los dolores y los costos de la actual situación. Las mejoras que de él puedan esperarse, incluso en el terreno de los derechos humanos, no podrán hacer olvidar el tremendo mal que en sí mismo conlleva, no sólo por el despojo de la soberanía nacional que implica, sino por otro conjunto de males, que ya hemos apuntado y que no tienen proporción ni siquiera en teoría con los bienes que se pretenden conseguir.

3. Causas del fracaso norteamericano en El Salvador

Que Estados Unidos no haya podido resolver el problema de El Salvador en dos años y medio de intervención ascendente, que tras esos dos años y medio haya dejado peor la situación de lo que estaba en enero de 1981, cuando tomó el poder Reagan; que a corto plazo —uno o dos años— no se vea que vaya a resolverlo, puede y debe considerarse como un fracaso de gran magnitud. Miembros prominentes de la Administración Reagan mantienen que El Salvador sigue

siendo el punto más caliente de la política exterior norteamericana, cosa que parece comprobarse por la dedicación a este minúsculo país por parte de Reagan —con el discurso a todo el Congreso reunido—, de Kirkpatrick y Clark y por el propio Schultz que parece querer tomar directamente en sus manos el problema. ¿Por qué les ha ido mal? o, al menos, ¿por qué no les ha ido del todo bien?

Hay quien puede pensar que no les ha ido bien, antes les ha ido muy mal, porque no se han ejecutado bien las políticas diseñadas por Estados Unidos para El Salvador. Aquí, en cambio, se mantiene la idea de que es “la” política para El Salvador la que ni siquiera está bien diseñada y que, por tanto, falla la estrategia general y, consecuentemente, las tácticas que se ponen en marcha.

El presupuesto fundamental de la Administración Reagan respecto del problema salvadoreño tiene dos puntos principales relacionados entre sí: es un lugar de la confrontación Este-Oeste, un lugar muy especial, y representa muy directamente un grave peligro para la seguridad norteamericana, más que por el espacio geográfico en sí, por lo que pudiera significar de arrastre en toda el área centroamericana, incluido México. Veamos los dos puntos por separado.

3.1. Lo que ocurre en El Salvador es primaria y preponderantemente resultado de la confrontación Este-Oeste; por lo tanto, si se saca al FMLN de la órbita del Este no sólo quedará él mismo destruido, sino también quedará superado el problema. La interpretación, útil para la estrategia global de Estados Unidos, es falsa y trae consecuencias fatales, sobre todo para el pueblo salvadoreño.

Lo que está ocurriendo en El Salvador es, ante todo, resultado de lo que en este país ha hecho y ha dejado de hacer Estados Unidos, al menos en los últimos cincuenta años. Lo que define a El Salvador socialmente es la injusticia estructural y la falta de democracia real, y de ambas es causa principal Estados Unidos y el capitalismo y militarismo propiciados por Estados Unidos para la zona y para El Salvador en particular. Hoy es ya opinión admitida en la Administración Reagan y ya no digamos en congresistas y analistas políticos norteamericanos que no ha habido preocupación seria por parte de Estados Unidos respecto de Centroamérica, ni en favor de su desarrollo económico y social, ni en favor de su desarrollo político y democrático. Se la suponía zona segura a la que bastaba cuidar con

una estructura militar entrenada en la zona del Canal de Panamá o en los propios Estados Unidos y mediante unas clases sociales que se cuidaban, en vista a sus intereses, de aniquilar cualquier protesta social con el fácil sambenito del comunismo. Por contentar a esas clases sociales se estaba tras ellas y no se querían ver sus prácticas de explotación, ni quería verse el estado lastimoso de las inmensas mayorías de la región. No hubo la menor preocupación durante las decenas de años en que Somoza y el somocismo controlaron Nicaragua en nombre de Estados Unidos y de los verdaderos intereses y seguridad estadounidense. Cualquier gobierno que se saliese del obsecuente seguimiento de los dictados del Departamento de Estado o del Pentágono era removido con toda facilidad. La historia es de todos sabida. Pero su síntesis quiere ser olvidada. Lo que hoy ocurre en Centroamérica, véase como traspatio o como jardín trasero de Estados Unidos, es el resultado no de lo que la URSS ha hecho en ellos, sino de lo que Estados Unidos ha causado, originado, ocasionado o determinado aquí. Lo ha hecho mal, muy mal, porque su diagnóstico era durante todos esos años miope y equivocado, y hoy está recogiendo la respuesta obvia a lo que hizo, dejó hacer o impidió que se hiciera. Cuando quisieron corregir el paso en Nicaragua, era ya tarde. Había surgido poderosa la respuesta a la opresión secular, una opresión que se presentaba con la cara del capitalismo y con la bendición de los gobernantes norteamericanos. El modo con el que se había buscado la "seguridad" norteamericana durante decenios había sido útil, pero equivocado. La bomba de tiempo ha estallado, el volcán centroamericano ha arrojado violentamente todo el fuego y lava que había ido acumulando en el interior cubierto por verdes laderas y por cafetales disimuladores. La injusticia estructural y la falta de democracia es la causa principal del conflicto centroamericano, el cual sólo se resolverá satisfactoriamente cuando se den, aunque sea de forma mínima, justicia y libertad.

3.2. Es falso asimismo que en El Salvador esté en juego la seguridad de Estados Unidos, como vociferan Reagan, Kirkpatrick, Gerald Ford y otros halcones. Lo que está en juego es la hegemonía absoluta de Estados Unidos, algo completamente distinto. En ningún momento pueden los países centroamericanos poner en peligro militar ni económico la seguridad de Estados Unidos, lo cual, aunque lo pretendieran, sería imposible y, en última instancia, suicida

desde el punto de vista militar y desde el punto de vista económico. México, por ejemplo, no ve peligro para su seguridad en los sucesos de El Salvador o de Nicaragua y México es sin comparación más vulnerable que Estados Unidos en relación con lo que está ocurriendo en Centroamérica. Este argumento es especioso y patriotero por donde quiera que se le mire. Decir, por ejemplo, que los países aliados perderían su confianza en Estados Unidos si El Salvador cayera en manos del FDR-FMLN supone un insulto para los países aliados, a los que se compara con países cuyos regímenes sostiene Estados Unidos, no porque sean justos y democráticos, sino porque piensa que constituyen un interés prioritario para ellos. La inseguridad que hoy representan los países centroamericanos para Estados Unidos es, en primer lugar, muy pequeña y es, en segundo lugar, producto de la mala política de Estados Unidos con esos países.

Lo que aquí sostenemos es que sería mejor para la seguridad de Estados Unidos una zona que alcanzase su equilibrio interno por la desaparición de la injusticia estructural, del subdesarrollo y de la represión. Si no se sanan las causas del conflicto, el conflicto rebrotará y una vez más quedará en peligro —o se sentirá como peligro— la situación centroamericana. Esa seguridad no se alcanzará manteniendo en el poder a las mismas fuerzas militares que han coonestado, protegido y propiciado la crónica situación de opresión y represión, ni tampoco se conseguirá apoyándose en aquellas mismas clases sociales y partidos políticos que no han querido o no han podido superar el subdesarrollo, la injusticia y la permanente violación de los derechos humanos. Una negociación inteligente con quienes se han levantado en armas contra esta situación y con quienes entre los amigos de Estados Unidos han visto la necesidad de cambios radicales en toda la estructura social, económica, política, militar y cultural lograría efectos más sólidos y duraderos.

Ni siquiera una guerra regional en la que intervendría por fuerza Estados Unidos supondría peligro serio para la seguridad nacional norteamericana. Pero sí le supondría costos altísimos políticos en los propios Estados Unidos, en Europa, en América Latina y, desde luego, en la propia Centroamérica convertida en campo de batalla. Con ello sí quedaría por los suelos el prestigio norteamericano frente a sus aliados, porque implicaría que a Estados Unidos le importa poco la destrucción de sus amigos con

tal de conservar egoísticamente su hegemonía absoluta que no su razonable seguridad, respetuosa de la seguridad que quieren para sí otros países, aunque sean menos poderosos.

Pudiera parecer que la seguridad norteamericana podría conseguir mejor a la corta con el aplastamiento militar del régimen sandinista en Nicaragua y de las fuerzas rebeldes en El Salvador. Incluso si lo lograran, el problema quedaría sólo postergado y de ninguna manera resuelto; exigiría la presencia continuada de Estados Unidos como gendarme de la zona, lo cual le supondría un desgaste político permanente y una animadversión creciente de los pueblos. El colonialismo no ha logrado nunca dar solución permanente a pueblos ya en marcha; ha supuesto el permanente deterioro de la potencia colonial. Pues bien, Estados Unidos pretende resolver el problema centroamericano en términos neocolonialistas. Y esto, además de ser intolerable, no es solución, pues contradice toda la teoría o la ideología de la nación norteamericana. Por este motivo también un nuevo Watergate puede estallarle a la Administración Reagan, que como ha dicho un congresista norteamericano, está tratando estos problemas del mismo modo como la Unión Soviética trata los suyos en Afganistán.

Hace falta, por tanto, un giro audaz en la política y estrategia de Estados Unidos en la zona, que le puede traer algunos riesgos inmediatos, pero que a la larga le supondrá enormes ventajas.

4. Una alternativa a la actual estrategia norteamericana en El Salvador

Estados Unidos necesita cambiar de política y de estrategia en el área, precisamente para resolver el problema y para presentarse como un aliado confiable al resto de los países latinoamericanos. Debe dejar la perspectiva de la inseguridad que le pueda venir de un hipotético acercamiento de la URSS a las fronteras norteamericanas para adoptar la perspectiva de la inseguridad relativa, que le puede venir de unos pueblos sumidos en la miseria y la desesperación que han decidido ponerse de pie para conquistar su propia dignidad personal y nacional. Aunque a Estados Unidos le pueda molestar la política y la retórica sandinistas, así como la política y la retórica del FMLN, debe ver en éstos y en otros movimientos político-militares, en primer lugar, una respuesta sustancialmente endógena y, en segundo lugar, una fuerza progresista sin la cual los in-



Es "la" política para El Salvador la que no está bien diseñada y, por tanto, falla la estrategia general y, consecuentemente, las tácticas implementadas.

dispensables avances hacia la justicia social o se anularían o se retrasarían indefinidamente. Es evidente que esos movimientos se acercarán tanto más a la órbita soviética cuanto más sean hostigados por Estados Unidos. De ahí que se deba abandonar la táctica del hostigamiento y buscar una táctica de acercamiento a quienes son una parte sustancial del conflicto y sin los que el conflicto no puede resolverse y sin los que las causas de él tampoco podrán superarse. Un diagnóstico más afinado de la política general, de la estrategia y de las tácticas traería con costos menores lo que la política, la estrategia y las tácticas actuales no han alcanzado a conseguir. La lógica de los acontecimientos lleva a la trágica conclusión de que si no hay ese cambio sustancial lo que espera a Centroamérica es una guerra regional en la que estarán presentes los marines norteamericanos. ¿Por qué, entonces, no emprender una vía distinta que evite ese terrible mal de la guerra regional y de la intervención a tumba abierta de los marines yanquis?

4.1. A la Administración Reagan le restan tres salidas que emprender. Una, la que ya viene buscando sólo que corregida y perfeccionada: más armas, mejor entrenamiento, nuevas tácticas de "pacificación", nueva fachada política... Por lo que de ella se ha visto en la fase anterior y por su intrínseca naturaleza, esta salida no lleva sino al prolongamiento de la guerra, a una mayor profundización de la misma, a una cada vez más difícil y costosa solución. Quedan, por tanto, dos salidas sin explorar: la de la guerra abierta y total y la del acercamiento al FMLN por el camino del diálogo y de la negociación. Buscar la salida de la guerra total, tras el desangramiento de nuestro pueblo durante otros dos años que se sumarían a los tres ya pasados, sin probar las posibilidades que ofrece la otra salida, no es sólo una respuesta criminal e irracional, sino que implicaría el descrédito más absoluto de Estados Unidos entre los países, los pueblos y las personas que aún guardan un rescoldo de humanidad y de sensatez. ¿Por qué, entonces, la Administración Reagan, que busca el diálogo con la URSS en el problema del desarme y en las ventas millonarias de cereales, no busca el diálogo con el FMLN, con Nicaragua, con Cuba?

Este diálogo con el FMLN es necesario, porque si el FMLN no es tenido en cuenta a la hora de buscar la solución, esta solución no puede venir, sino por el camino de las armas y de la destrucción, por el camino de la prolongación de la guerra y últimamente por el de la intervención

de Estados Unidos en una guerra regional. Y esto no sólo es así en razón de la fuerza militar, social y política del FMLN, demostrada sobre todo en los últimos tres años de forma creciente, sino porque esa fuerza no se explicaría si es que el FMLN no defendiese una causa que tiene mucho de justa y que encuentra resonancia en importantes sectores de la población tanto populares como no populares. Si el FMLN sólo tuviera fuerza bruta, con la fuerza bruta podría ser destruido, pero el FMLN tiene también razón y espíritu, voluntad e ideal y estos valores difícilmente pueden ser ahogados.

Este diálogo de Estados Unidos con el FMLN es posible, aunque difícil. Ante todo, es deseado y propuesto por el FMLN de modo serio; la prueba de ello es que quieren mediadores o, al menos, países, movimientos o personas, que sean testigos de ese diálogo y, consiguientemente, que den testimonio de la honestidad y seriedad de las partes. Pero antes de sentarse en una mesa de diálogo el gobierno de El Salvador y Estados Unidos por un lado, y el FDR y FMLN por otro, sería conveniente un diálogo previo Estados Unidos-FMLN, ya pedido por el FMLN al embajador extraordinario para Centroamérica, Richard Stone. Hasta el Presidente Reagan ha dicho estar estudiando la posibilidad de este diálogo. La salida del diálogo/negociación es punto esencial en el FDR, es elemento estratégico en el FMLN y, por tanto, de parte de ellos no es sólo posible, sino deseado.

En Estados Unidos se hace cada vez más posible y más exigido. La propia Administración Reagan, se ha hecho más sensible a esta posibilidad, sobre todo por presión del Congreso, de la opinión pública y de la amenaza de las próximas elecciones, que parecen obligar a Reagan a una mayor flexibilidad, tanto en este punto, como en el más general del desarme.

En El Salvador es propiciado por fuerzas independientes, no involucradas en el conflicto y que no tienen intereses políticos. La conferencia episcopal lo propuso y algunos de sus miembros hicieron de intermediarios para favorecer un primer acercamiento; el Papa, aunque con cautelas, también lo impulsó, al negar viabilidad y razonabilidad a la guerra y a la violencia. También es propiciado, aunque en tono menor, por partidos políticos, especialmente por la Democracia Cristiana, que acaba de suscribir la "Declaración de Panamá" donde se habla de un diálogo entre el gobierno y sus opositores. Es, sobre todo, respal-

dado por una gran parte del pueblo que quiere la paz y la tranquilidad y que ha visto como ésta no se consigue ni con las reformas ni con las elecciones ni con la guerra. No hay duda de que en El Salvador hay poderosas fuerzas que se oponen al diálogo/negociación, pero esas fuerzas poco pueden sin el apoyo de Estados Unidos, quien está, en consecuencia, capacitado para hacerles ver la indispensabilidad del diálogo/negociación, en el que esas fuerzas perderían privilegios y prepotencia, pero no posibilidades de futuro, si es que realmente la negociación encontrara una solución razonable.

Entre otras naciones democráticas la idea adquiere mayor fuerza. El Grupo de Contadora se ha convertido en una fuerza de enorme valor testimonial. ¿Cómo podrá la Administración Reagan rechazar las propuestas de unos países tan moderados como son Venezuela, Colombia, Panamá y México, que están contra la vía de la guerra y en favor de la vía de la negociación? Ese Grupo de Contadora está hoy apoyado por el Pacto Andino, por la Comunidad Económica Europea, por España, por cada vez mayor número de países, por el Consejo de Seguridad de la ONU, lo que hace prever un apoyo masivo en la próxima asamblea de las Naciones Unidas. Hasta Estados Unidos ha tenido que confesar su aprecio por el Grupo Contadora, a pesar de que propone medios muy distintos a los propuestos por él. Si con toda esta presión moral la Administración Reagan no acepta de buena fe el desafío, habrá que concluir que su posición no es latinoamericana, no es democrática, no está en favor de la paz.

4.2. Pero mientras no se acerque la solución por el camino de la negociación es preciso que se avance hacia una humanización del conflicto, hacia soluciones parciales que pueden ir favoreciendo la definitiva. Entre ellas pueden subrayarse las siguientes: a) cese total del terrorismo del Estado y del terrorismo de las fuerzas paramilitares o, al menos, una mejora sustancial que incluya la denuncia de los culpables y la clarificación de los mecanismos a través de los cuales esto ocurre; b) humanización de la guerra que implica, por lo menos, el respeto absoluto a la población civil en los operativos militares y respeto a las leyes de la guerra sobre todo en el trato a los prisioneros; c) propaganda masiva en favor de la paz que incluye el no anatematizar al adversario

como enemigo, como criminal, como anti-patriota e incluye positivamente el buscar puntos de coincidencia que hagan posible una convivencia; d) inicios de diálogos en tono menor que hagan posible un mejor conocimiento mutuo de los que hoy están enfrentados: que los militares, los empresarios, los profesionales, los sacerdotes y maestros, etc., puedan hablar con representantes del FDR y del FMLN sin peligro para unos ni para otros; e) que los partidos políticos tengan el coraje de ofrecer en sus programas la posibilidad de diálogo/negociación no sólo con el FDR, como tímidamente lo ha hecho la Comisión de Paz, sino con el FMLN o con cualquier otra fuerza salvadoreña.

Todas estas cosas pueden ser favorecidas por Estados Unidos, quien de momento dicta lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer en nuestro país, pues tiene los instrumentos para hacerlo. Por eso se ponen aquí como medidas que Estados Unidos debiera apoyar tanto porque son buenas en sí mismas como porque podrían contribuir a crear el ambiente oportuno, tanto para emprender la solución definitiva como para lograr llevarla a la práctica.

Estados Unidos tiene una tremenda responsabilidad con El Salvador y con toda Centroamérica. Mucho de lo que hoy está sucediendo en el área se debe a lo que Estados Unidos ha hecho durante decenas de años sea a través de sus gobiernos sea a través de las empresas norteamericanas; pero se debe sobre todo a su intromisión acelerada en los últimos tres años en Honduras y en El Salvador y últimamente en Nicaragua. Estados Unidos tiene que retirarse como potencia colonial del área, aunque tiene derecho a asegurarse de que no entre otra potencia colonial. Ningún colonialismo es bueno para Centroamérica. Pero el que ahora está vigente, especialmente en Honduras y El Salvador es el norteamericano con efectos deplorables para nuestro pueblo y, a la larga, también para el pueblo norteamericano. Ojalá lo vean así nuestros pueblos para que obliguen a sus gobiernos a buscar la paz no por el camino de las armas, sino por el camino de la justicia, de la soberanía nacional y de la autodeterminación.

14 de junio de 1983.